

Religión

LA PRIMERA INTERNACIONAL DEL AMOR

VINCULOS DE UNION: A) LA COMMUNIO

Estudiamos en artículo anterior el maravilloso fenómeno de aquella Sociedad Internacional que llamamos la primera Iglesia. Recojamos en el artículo presente aquellos datos dispersos, que encarnan en una estructura permanente, sin la que es imposible entender la Iglesia, y adentrarse a su alma honda y misteriosa.

Es la COMMUNIO, que los griegos llamaban la "KOINONIA". Es difícil situarse para alcanzar los contornos de la Communio y más aún distinguir sus matices, pues aunque no se le puede negar realidad palpitante de vida caliente, es difícil aprisionar esta corriente vital en los documentos que nos quedan de aquellas épocas.

Para San Agustín Communio es igual que "Iglesia": "No necesitan de intérpretes los testimonios de las cartas canónicas que nos enseñan que la Iglesia consiste en la COMUNION de todo el orbe"...

Y contra Cresconiano escribe así: "Pertenezco a la Iglesia, de la que son miembros las iglesias que conocemos nacidas y fortalecidas de los trabajos de los apóstoles, según los testimonios de las cartas canónicas. No abandonaré su Comunión, con la ayuda de Dios, ni en Africa ni en ninguna parte"...

Quien levanta otra Comunión levanta otra Iglesia, como lo expresa vigorosamente Optato.

Los cristianos, como lo vimos antes, eran peregrinos en la tierra. Para ellos el mundo de aquí abajo no era sino trampolín para la patria definitiva, ca-

beza de puente para conquistar el cielo. Por eso en los documentos de la primera Iglesia late ese dejo de melancolía resignada, de nostalgia, de saudade de otras riberas, volcado en aquel MARANATHA que aun ahora levanta en nuestras almas doloridas oleadas de deseos.

La vida verdadera la vivían ellos, pues eran una cosa con el que dijo: "YO SOY LA VIDA". Por eso la Internacional cristiana abarca la vida eterna. Era la Sociedad de los vivos que luchan y de los vivos que han triunfado. La Iglesia que luchaba era el puente entre la Iglesia que se purificaba y la que vivía con Cristo, blanca como la nieve, escolta innumerable del Cordero. La unión en la Iglesia visible era camino de la unión en la Iglesia victoriosa, un ensayo, un bosquejo de ella.

Nicetas de Ramesiana habla de los santos que triunfan en el cielo con Cristo y dice, refiriéndose a esta unión entre los hermanos victoriosos y los que luchan: "Entiende que no hay más que una Iglesia Católica establecida en todo el mundo y cuya Comunión tienes que conservar".

Así como el denominador común de todas las Internacionales socialistas es el odio, la lucha de clases, el de la nuestra es el amor. Por eso los cristianos la llaman también en vez de Communio, PAZ y AMOR, Concordia. Paz, amor, concordia, las tres notas distintivas de esta Internacional cristiana. Concordia que no es tan sólo unión de la misma fe, sino mucho más. La fe es el pórtico de entrada, el espléndido vestíbulo de la COMMUNIO, pero no basta. "Se puede tener fe común, y no estar unidos en la misma Comunión, escribe San Ambrosio.

La COMMUNIO es el lazo que une a los fieles entre sí, y con los Obispos, pastores de la Iglesia —en particular con el suyo propio—, y a éstos con el Obispo de Roma. CRISTO es la clave de bóveda de este edificio.

UNUM SUPER UNUM. Todo descansa sobre la piedra angular.

COMMUNIO Y EUCHARISTIA.-

En la emocionante súplica del apóstol San Pablo, que lleva ya en su cuerpo las señales de Cristo, a los fieles del Asia les pide que guarden y defiendan la unidad del espíritu en el vínculo de la paz. Y da la razón: "Uno es el Señor, una la fe, uno el bautismo, uno Dios y Padre de todos..." Esta unidad es un ser vivo que necesita alimentarse del Cuerpo y Sangre de CRISTO. Por ello la Eucaristía es como la sangre de este

Cuerpo universal, el lazo además de unidad. Ella es la señal sensible de la unión cristiana.

La Didajé lo expresa bellamente así: "Como este pan partido estaba antes disperso por los montes, y recogido se ha hecho uno, así se recoja la Iglesia de los confines de la tierra en tu Reino..."

En las cartas de San Ignacio de Antioquía parece claramente la Eucaristía como elemento unificador.

Para San Cipriano la Eucaristía es lo que une a la multitud, y en ella se significaba también la unión de los hermanos entre sí.

Unanimidad y caridad del pueblo cristiano que desarrolla hermosamente en su carta a Cecilio, en una Exposición bellamente ilustrada por pasajes del Antiguo Testamento:

"Vemos que en el agua se extiende el pueblo, y en el vino la sangre de Cristo. Cuando en el cáliz el agua se mezcla con el vino, el pueblo se une a Cristo... Tan íntima es la unión del agua y del vino que se realiza en el cáliz del Señor que no se puede deshacer. Así a la Iglesia, al pueblo constituido en Iglesia y que persevera firmemente en la fe nada lo puede separar de CRISTO... Y así en este Sacramento se manifiesta la unión del pueblo."

"Afanaos, escribe San Ignacio de Antioquía, en usar de una sola Eucaristía..."

El humilde pueblo cristiano, del que los paganos se reían, pues no suponía mucho ni poco en la vida de la alta sociedad romana, y en el que según Pablo, no abundan ni los ricos, ni los poderosos, aunque tampoco faltaban debía sentirse santamente orgulloso de su unión con Cristo. Se sentían de raza de reyes, "genus regale", de casta sacerdotal, "novum sacerdotium" como les llamó San Pablo. Podían exclamar humildemente pero agradecidos con frase similar a otra agustiniana: "Et nos ipsi sumus CHRISTUS". Todos nosotros somos CRISTO.

La recepción del Cuerpo de Cristo era señal de unión en la vida cristiana de entonces y como lo demuestra el caso de Policarpo, Obispo de Esmirna, que hacia la mitad del siglo segundo va a Roma para zanjar con el Papa Aniceto la vidriosa controversia pascual. Después de muchas conversaciones no se arreglaron, pero no rompieron la unidad de la Iglesia, y se dieron mutuamente la Sagrada Eucaristía en señal de unión, como nos cuenta San Ireneo.

En la carta antes citada de San Ireneo se ve que era costumbre que el

Obispo de Roma en señal de comunión enviara la Eucaristía a sus presbíteros, uso que duró hasta el siglo quinto. Inocencio I escribe que el Obispo de Roma enviaba en el Oficio del domingo el pan fermentado y partículas consagradas a los presbíteros de las Basílicas titulares, "porque, como escribe a Decencio, no se tengan por separados de nuestra Comunión, sobre todo aquel día". Y sólo permite hacerlo dentro de la ciudad, pues "los Misterios no deben ser llevados lejos".

Más tarde se enviaba pan sin fermentar en señal de amistad y de unión. Este pan no estaba consagrado, y se consagraba cuando se recibía. San Paulino de Nola envía el pan a sus amigos los Obispos Agustín y Alipio para que lo consagren "in signum unitatis", en señal de unión. "Enviamos a tu santidad, escribe a San Alipio, un pan en gracia a la unidad. "Hunc panem Eulogiam esse tu facies dignatione sumendi".

Cosa parecida escribe a San Agustín: "Pido a tu caridad que bendigas este pan que te envío en signo de unanimidad".

Tán hondo era este sentido de unión por medio de la Eucaristía que el pueblo solía decir en los cismas: Cada uno pertenece a la Iglesia cuya Eucaristía recibe.

Los mismos herejes se esforzaban por atraer a los fieles por todos los medios a su Eucaristía, y así el Patriarca hereje Macedonio hacía abrir la boca de los católicos a la fuerza para darle su Eucaristía.

Expresivamente llama San Cipriano a los herejes y cismáticos, rebeldes contra el sacrificio de Cristo, porque se atreven a levantar otro altar.

Con razón podemos concluir que la Eucaristía manifiesta la unión del pueblo. Ella es la savia vital de este colosal árbol que llamamos el Cuerpo Místico de Cristo.

EL PUESTO DE LA AUTORIDAD Y DE ROMA EN LA "COMMUNIO".-

La Communio —como ya antes notábamos— dice más que identidad de fe o de doctrina. El pecador privado de la Communio tiene la misma fe que antes. Además pronto aparecen comunidades enteras que no pertenecen a la Communio.

Aparte del elemento sacramental, el privar a uno de la Eucaristía como señal de excomunión, hay otro elemento clarísimo en la Communio: el autoritativo. El único que puede privar a uno de la Eucaristía o admitirle a ella, dar

las cartas de paz o recibirlas es la Autoridad. La *Communio* no consistía sólo en la armonía mutua, en la amistad de las Comunidades entre sí y en afecto episcopal. Había a veces grandes diferencias entre los Obispos y las Comunidades, se rompía la armonía, y con todo no se rompía la *Communio*.

La hermandad de los Obispos tenía a veces un puesto importante, pero ¿cómo iba a existir si muchas veces los Obispos no se conocían personalmente, y mediaban enormes distancias entre sus sedes?... Tampoco les unía la acción mutua para alcanzar un fin, por ejemplo para luchar contra el paganismo o la herejía. En la época de las grandes persecuciones del siglo tercero, en que los Obispos tenían gran influencia en grandes masas de población no aparece la menor indicación de que se dieran la mano para la defensa, y menos para una contraofensiva enérgica.

Lo que unía a los Obispos y por medio de ellos a los fieles en aquellos años de la primavera de la Iglesia era algo que existía fuera de cada uno de ellos, la persuasión de un lazo común al que no estaban ligados por intereses locales, sino por una fuerza invencible. Cuando se quería encontrar la raíz de la *Communio* se chocaba siempre con la roca de Pedro, con Roma. Para San Optato "Roma tiene las listas decisivas". Una Iglesia en *Comunión* con Roma está en *Comunión* con toda la Iglesia universal. Hay una concatenación inflexible en la *Communio*. Una Iglesia está en la *Comunión* universal si está en *Comunión* con otra, y ésta con otra, etc. Pero al fin de la cadena como eslabón definitivo esta ROMA. Optato habla del Papa Siricio que "es nuestro compañero, y por medio del cual estamos en *Comunión* con todo el orbe por las cartas de *Comunión*".

San Ambrosio escribe a los emperadores Graciano y Valentiniano el año 381 que procuren que la Iglesia romana no sea perturbada, pues "de ella dimanan todos los derechos de la venerable *Communio* a todas las demás Iglesias".

La *Comunión* con Roma, no con Alejandría ni con Antioquía, equivalía a *Comunión* con la Iglesia católica. Con razón la llama San Cipriano, a pesar de las diferencias que tuvo con el Papa, "la madre y raíz de la Iglesia católica", de la que ha nacido la unidad de los Obispos.

Cincuenta años antes San Ireneo destaca el puesto de principalidad de la Iglesia romana, razón por la que "todas las demás Iglesias tienen que venir con ella".

Para Tertuliano *Comunión* con Roma era *Comunión* con la Iglesia universal; y para San Ignacio de Antioquía la Iglesia de Roma era la que presidía el "Agape", es decir la *Communio*.

Hasta los herejes acudían a Roma para justificarse. Roma era el centro de la Cristiandad; y tal valor tenía la *Comunión* con Roma que aun los herejes Marción y Valentín hicieron grandes esfuerzos para mantenerse en ella.

¿Cuáles eran las razones que daban esta primacía a Roma sobre las demás ciudades episcopales? Ya Tertuliano lo insinúa al llamar a la Iglesia romana "Petri propinqua", y San Cipriano en una de sus cartas señala la sede romana como Cátedra de Pedro, de la que nace como de manantial perenne la Unidad de los Obispos, y es el primero que aplica al Obispo de Roma el texto de San Mateo, "Tú eres Pedro..." No proceda esta supremacía de la imposición de Roma como cabeza del Imperio. Ciertamente que el Obispo de Roma tenía una preeminencia bajo este respecto sobre los demás de Italia, era como el Patriarca de Italia, pero si esa razón hubiera creado esta supremacía universal ¿cómo se explica que no aparezca Roma como centro administrativo de la Cristiandad? Al revés, Roma siempre luchó contra el centralismo administrativo del Patriarca de Constantinopla. Roma era Cabeza y centro de la *Comunión*, pero no cúpula de una administración.

Tampoco fue el elemento personal el que creó en torno de Roma esa corriente centrípeta, pues hasta San León Magno no produjo la sede romana figuras que se puedan comparar con las grandes figuras de la Iglesia oriental o africana: Ignacio, Policarpo, Ireneo, Cipriano, Atanasio, Crisóstomo, Agustín...

La *COMMUNIO* es la que unifica la Iglesia, y su centro es la Iglesia Romana. Los demás Obispos en tanto pertenecen a la *Comunión* universal en cuanto enlazan con el de Roma. Y los fieles en cuanto por su Obispo están unidos a la Cátedra de Pedro.

El Obispo de Roma no depende de los demás Obispos. El es la fuente de toda *Comunión*. No se cimenta Pedro en la Iglesia, sino la Iglesia en Pedro. Pero él no es una roca muerta, sino viva. La incorporación al Cuerpo Místico de Cristo depende de él. El tiene las llaves del Reino de los cielos. Los demás Obispos lo saben y acuden a él para que zanje sus problemas. Se podrá discutir la oportunidad de las medidas adoptadas por Roma, pero ninguno pone en tela de juicio sus decisiones. El Papa

Víctor en ocasión de la controversia con Pascual excomulgó a toda una Provincia eclesiástica; hay descontento, pero nadie le niega el derecho a ello. En las controversias sobre el volver a bautizar a los herejes convertidos, y en las desviaciones de las Iglesias española y francesa del siglo III el Papa decide, aunque tenga que oponerse a centenares de Obispos.

No hay nada que pueda oponerse a una fuerza mundial, unida y que sabe adónde va. De aquí, aun prescindiendo del elemento sobre natural que es el más importante, la eficacia maravillosa de esta Internacional, que es nuestra Madre la Iglesia. Los cristianos sabían y vivían que no había más que una Iglesia fuera de la cual no había salvación, cuyo distintivo era la unidad de la COMUNIO, y que ella, por mandato de CRISTO, estaba inmoviblemente cimentada en la roca de Pedro, del Pedro que no moría sino que vivía eternamente en la Iglesia Romana.

CONCLUSION:

En este mundo que se resquebraja comido por el placer y vacío amor, y que tanto nos recuerda el decadente Imperio Romano de los siglos tercero y cuarto, es necesario revitalizar nuestro cristianismo, y dárle las dimensiones que tiene. El es el alma ardiente del mundo. Pero muchos de los cristianos están anquilosados. Han hecho de su religión un seguro para el cielo y un parachoques para la tierra. Es muy fácil y elegante ser cristiano así.

Gracias a Dios de nuevo se vive el cristianismo en todo su vigor en densos grupos de cristianos, y tal vez con un heroísmo y una perfección como no se ha dado nunca en la historia de la Iglesia. De nuevo las células cristianas están fermentando incansables este mundo paganizado. Pero es necesario volcar en las masas cristianas esta mística uni-

versalista. "NESCIO QUIS POSUIT IN AFRICA FINES CHARITATIS", exclamaba enardecido San Agustín. "No sé quién ha colocado en Africa las fronteras de la Caridad"... En esta hora el mundo nos espera en el campo de batalla.

Amemos a la Iglesia, la primera y más perfecta Internacional, y amémosla con un amor encendido y eficaz. Ella no envejece. Es la misma, más hermosa, más robusta, que la Iglesia primitiva que se ha asomado en estas páginas.

"Nada más glorioso, dice S. S. Pío XII en la preciosa Encíclica del Cuerpo Místico, nada más noble, nada, a la verdad más hermoso se puede pensar que formar parte de la Iglesia santa, católica, apostólica, romana por medio de la cual, nosotros hechos miembros de un solo y venerando CUERPO, somos dirigidos por una sola y excelsa CABEZA, somos penetrados de un solo y divino ESPIRITU; somos, por último, alimentados en este destierro con una misma doctrina, y un mismo angélico pan, hasta que por fin gocemos en el cielo de una misma felicidad eterna"...

"EXTIENDE TU CARIDAD AL MUNDO SI QUIERES AMAR A CRISTO, porque los miembros de Cristo están extendidos por todo el mundo", nos aconseja San Agustín.

"Si amáis a la Cabeza, concluye vigorosamente el Santo, Amarás los miembros, y si no amas a los miembros no amas la Cabeza".

Coronemos estas páginas con el hermoso programa que nos propone San Agustín en uno de sus sermones: "Si queremos que nos vivifique el Espíritu Santo, abracemos la Caridad, amemos la Verdad, anhelemos la Unidad para que así lleguemos, después de haber combatido valientemente en la Iglesia de la tierra, a triunfar en la Iglesia de la eterna victoria".

JUAN M. GANUZA, S. J.